

LA RELIGIOSIDAD POPULAR Y LA CATEQUESIS

Virgil Elizondo¹

Quiero comenzar felicitando a la Fondazione Ambrosiana Paolo VI por organizar tan maravilloso coloquio internacional y por invitarme a participar en él. Es un gran honor. He aprendido mucho de las presentaciones excelentes y de la experiencia de nuevas amistades que he tenido en estos días.

INTRODUCCIÓN

¿Qué es la religiosidad popular? Los estudiosos la han definido de muchas maneras diferentes, pero alguien como yo, que se ha enriquecido con muchas de sus expresiones y ha trabajado con ellas durante los 48 años de vida sacerdotal, diría que se trata simplemente de las expresiones religiosas muy personales y populares de la gente de una región determinada, que comparten una herencia común. Es probable que parezca como algo folclórico a los de fuera, como algo simplista para los estudiosos y ridículo a los profesionales de la religión. Algunos la han descrito de una manera peyorativa, como la expresión religiosa de los ignorantes, incluso llamándola el opio de los pobres y faltos de educación.

Yo sostengo que, precisamente porque tiende a ser la expresión de fe de los pobres, los marginados y los excluidos, son manifestaciones privilegiadas de la absoluta gratuidad del amor de Dios

¹ Sacerdote. Párroco en San Antonio (Texas-Estados Unidos). Profesor de la Universidad de Notre Dame en South Bend. Indiana.

que llega a ellos de maneras muy personales y de fácil acceso. Esto se ve claramente en la oración de Jesús según lo registrado en los relatos de los evangelios de Mateo y Lucas, y que cito:

«Jesús se llenó de gozo por el Espíritu Santo y dijo: “Padre, Señor del cielo y la tierra, te doy gracias porque has revelado estas cosas a los pequeños y las has ocultado a los sabios y entendidos. Sí, Padre, así fue como te agradó que fuera” (Lucas 19, 21).

Como solía decir el obispo Ricardo Ramírez, de la diócesis de Las Cruces, Nuevo México: «Los pobres tienen atajos para llegar a Dios, que no sospecha ni el mejor de los teólogos». Para las personas que la practican, son expresiones profundas de la fe que se transmite de un creyente a otro y están profundamente arraigadas en la cultura religiosa del pueblo. La gran tragedia es que han sido generalmente ignoradas y ridiculizadas incluso por los agentes de pastoral y los catequistas. Desde el Concilio Vaticano II y los documentos posteriores de la iglesia, el valor positivo de la religiosidad popular y de su lugar en la misión de enseñar de la Iglesia, se ha presentado y desarrollado claramente. Como el Papa Pablo VI estableció en la *Evangelii Nuntiandi*:

“Queremos hablar de lo que hoy se conoce como la religiosidad popular. Se encuentran entre los pueblos expresiones particulares de la búsqueda de Dios y la fe, tanto en las regiones donde la Iglesia ha sido establecida desde hace siglos como donde se encuentra en proceso de instaurarse. Estas expresiones fueron durante mucho tiempo consideradas como menos puras y se despreciaron a veces, pero hoy se están descubriendo en casi todas partes.”

LOS ORÍGENES DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Desde el principio, el cristianismo presentó una forma muy singular de universalización de los pueblos, sin destruir su identidad

cultural, como es evidente a lo largo de los Hechos de los Apóstoles y la posterior expansión del movimiento cristiano. Esto no se dio sin tensiones graves y dificultades para que nuestras expresiones culturales-religiosas parecieran como sagradas para nosotros, mientras que las de los demás aparecían como idolatría o superstición. A medida que los diferentes pueblos recibían el evangelio, crearon expresiones culturales locales para vivir y manifestar su fe. Inspirados por el entusiasmo de la fe, los pueblos desarrollaron sus propias expresiones interpretativas del cristianismo a través del arte, la música, las devociones, los ritos y festividades. Estas prácticas culturales fueron la forma sencilla y popular de expresar los misterios de la fe con formas fácilmente percibidas por las personas. Mientras los rituales oficiales de la iglesia parecían a menudo muy distantes de la gente común, estas expresiones de fácil acceso ofrecían contactos con Dios, Jesús, María y los santos. Son los rasgos distintivos de la iglesia local.

En la nueva familia cristiana, el pueblo no tendría que desaparecer a través de la asimilación, ni estar separado el uno del otro como impuro o inferior. El poder del amor cristiano haría capaz al pueblo de romper cualquier barrera étnica o religiosa que anteriormente los había mantenido separados. El mensaje cristiano se entretejió con las tradiciones religiosas locales tanto como para dar a la gente un sentido más profundo de la identidad local y, al mismo tiempo, romper las barreras psico-sociológicas que mantenían las etnias y las clases sociales separadas unas de otras. Esto facilitó el surgimiento de un verdadero compañerismo universal, que permitió la unidad en la diversidad. En otras palabras, afirmó el arraigo y la identidad local, mientras se destruían las barreras de separación y segregación. Esta es la unidad que sólo el Espíritu puede dar.

El cristianismo cambió a los pueblos y las culturas no por su destrucción, sino reinterpretando sus antiguos ritos y los mitos a través de la narrativa fundacional del cristianismo. Así, ahora un judío

todavía podría ser un judío creyente (Hechos 21, 20) que experimenta una nueva comunión universal por medio de Cristo. Del mismo modo un griego o un romano podría seguir siendo totalmente griego o romano, y también pertenecer al grupo nuevo y universal. Es evidente que a partir del Nuevo Testamento (Hechos 15, 1-21, Gálatas 2, 1-10) este proceso no estuvo exento de graves tensiones y dificultades; sin embargo, dio lugar a la gran diversidad de tradiciones religiosas locales dentro de la comunión universal de la fe cristiana: un evangelio, una sola fe, un bautismo y una Eucaristía personalizada y localizada a través de la rica variedad de expresiones religiosas piadosas, generalmente conocidas como la religiosidad popular.

Los orígenes de determinadas expresiones populares de la fe son a menudo antiguas y misteriosas ya que surgen de las luchas de los pueblos locales que participaban activamente en la recepción del evangelio y lo hacen en su propia su lengua materna, en sus costumbres y símbolos. Cuando el cristianismo siguió extendiéndose, surgió la tentación de imponer una expresión particular del cristianismo sobre los pueblos que oían el evangelio por primera vez. El Papa Gregorio Magno corrigió esto cuando dio instrucciones a San Agustín de Canterbury, en 601, de no destruir los templos de los ingleses, sino más bien de reciclarlos con fines cristianos y continuar con sus fiestas y rituales, mientras se transformaba su función y significado a través del mensaje cristiano. Como el cristianismo continuó expandiéndose por nuevos territorios y en el corazón de pueblos nuevos, el principio gregoriano de la actividad misionera dio lugar a muchas expresiones religiosas locales de la fe cristiana universal. El gran misterio del cristianismo es que su universalidad no destruye la particularidad cultural de los pueblos. La auténtica evangelización da lugar al nacimiento de nuevas iglesias, cada una con un corpus de expresiones religiosas populares en desarrollo.

Este fue, ciertamente, el caso en la evangelización de América Latina, que llevó a la rica síntesis de los elementos fundamentales de

la fe cristiana expresada a través de las costumbres nativas de los pueblos. Esto se llevó a cabo de muchas maneras, pero es especialmente evidente en las fiestas populares de la Semana Santa y de la sagrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Como en otros casos de la historia misionera, este proceso no ha sido fácil y se ha llevado a cabo lentamente y con muchas dificultades. Siempre es difícil para los misioneros apreciar el universo religioso de las personas a quienes están tratando de evangelizar. A lo largo de América Latina, muchas de las creencias religiosas, prácticas y símbolos de los pueblos se han reciclado a fin de tomar un significado cristiano y de convertirse ellos mismos en una rica fuente de evangelización. La gran variedad de expresiones religiosas populares comunes en toda América Latina y entre los latinoamericanos que viven en cualquier parte del mundo es lo que el Papa Benedicto XVI ha llamado «el alma de los pueblos latinoamericanos» y que presentó como «el precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina».

FUNCIÓN

Si bien no hay duda de que la liturgia, especialmente la Eucaristía, es la cumbre y la fuente de la vida espiritual de la Iglesia, la religiosidad popular también es la manifestación localizada de la fe del pueblo que es rica en valores y no se puede subestimar. Cuando está bien entendida por medio de la predicación y la catequesis, sus diversas expresiones se pueden orientar hacia la Eucaristía, y encontrar en ella su máxima expresión. Los Obispos de América Latina se han referido a la religiosidad popular como la fe viva del pueblo que tiene sus raíces en la Palabra y es activa en la evangelización. Es la espiritualidad encarnada del pueblo.

Al hablar de religiosidad popular no me refiero a las devociones privadas o individuales de unos pocos, sino al conjunto de creencias, rituales, ceremonias, devociones y oraciones que se practican comúnmente por el pueblo en general. Estas expresiones de la

fe, que se celebran de forma voluntaria por la mayoría de las personas, se transmiten de generación en generación por el pueblo mismo, y que caminan con la Iglesia, sin ella, o incluso a pesar de ella, expresan la más profunda identidad espiritual del pueblo. Por medio de ellas, los pueblos experimentan el profundo vínculo de unidad, el alma común y su espíritu unificador; el pueblo experimenta el toque íntimo de la providencia misericordiosa de Dios. Son las manifestaciones externas de la espiritualidad interna del pueblo.

Las diferentes expresiones de la religiosidad popular no son fáciles de estudiar debido a que son sumamente significativas para las personas que las practican, aunque sean sin sentido o simplemente algo folclórico para el forastero. Para el pueblo que las tiene como única fuente de vida, no es necesaria ninguna explicación; pero para el espectador casual o científico, ninguna explicación le expresará o comunicará su significado verdadero y completo. Nacemos en ellas y, cuando las practicamos, se convierten en elementos profundos de nuestro mundo espiritual y simbólico, lejos de tratar de entenderlas. Al igual que toda la realidad simbólica, es pre-racional y post-crítica. Podemos estudiarlas desde muchos puntos de vista y aprender mucho sobre ellas, pero su pleno significado seguirá siendo misterioso y lejano para nosotros.

Las expresiones religiosas populares funcionan de diferentes maneras dependiendo de muchas circunstancias. Para la gente común de la región, son la manera habitual de expresar su fe con formas fácilmente accesibles a todo el mundo. Para las personas que están luchando para sobrevivir, como los inmigrantes que caminan a través de desiertos, montañas y terrenos peligrosos, son fuente de fuerza sobrenatural. A las personas que han emigrado a un país extranjero, la participación en estos ritos y devociones populares les da una sensación de estar conectadas con su país de origen y con lo que es más sagrado para ellas.

En las situaciones de injusticia, las expresiones religiosas populares de los poderosos pueden servir para legitimar su manera opresiva de vivir y hacer que parezca como si fuera el verdadero camino de Dios para la humanidad. Pueden tranquilizar su conciencia moral y cegar a las personas para que no vean las injusticias que existen en la vida diaria. Para un grupo oprimido o marginado, sus expresiones populares propias son la afirmación de su dignidad dada por Dios y la máxima resistencia a los intentos de la cultura dominante para destruirlos como grupo diferente. La afirmación del acompañamiento de Dios, su reconocimiento y protección, es una poderosa fuente de supervivencia y la base de su espíritu festivo, frente a tantas fuerzas destructivas que experimentan en la vida cotidiana.

POSIBILIDADES PASTORALES

El Papa Pablo VI dijo: «Ella [la religiosidad popular] manifiesta una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace al pueblo capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Implica una aguda conciencia de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, el amor y la presencia constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en otras partes: la paciencia, el sentido de la cruz en la vida diaria, el desapego, la apertura a los demás, la devoción» (*Evangelii nuntiandi*, 48).

El Santo Padre llegó a afirmar: «Cuando está bien orientada, esta religiosidad popular será más y más un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo para nuestras masas populares». Como el Santo Padre pone de manifiesto, las celebraciones populares de la fe son maravillosas oportunidades para la evangelización de las masas. Para que esto ocurra, los líderes pastorales necesitan ver estas expresiones como momentos y lugares privilegiados de la evangelización y la catequesis. La tarea del agente de pastoral es discernir los diversos elementos de la fe que están presentes en la

expresión religiosa en particular y sacarlos a la luz de las personas que la practican.

El alcance de mi propio trabajo pastoral y las investigaciones catequéticas se han basado en las expresiones religiosas populares de América Latina y más específicamente de los millones de latinoamericanos que viven actualmente en los EE.UU. En mi propia experiencia, al haber crecido en una familia y cultura en la que nuestra fe se alimentaba constantemente por las diversas expresiones de la religiosidad popular, he llegado a apreciarlas como el cuerpo y el alma, la cara y el corazón de la iglesia local. Hoy las veo como una rica fuente de reflexión teológica y como momentos y lugares privilegiados de la evangelización y la catequesis. En mi propia ciudad de San Antonio, Texas, he transformado la moribunda catedral en un vibrante centro de la evangelización, de catequesis y culto, a través de la armonización creativa de las fiestas litúrgicas de la Iglesia con las tradiciones populares de nuestro pueblo.

(Durante el Congreso se proyectó un DVD sobre la fiesta popular del Viernes Santo, que tuvo lugar en mi ciudad de San Antonio, Texas desde 1731).

El gran desafío para los pastoralistas y catequistas es dar con el contenido bíblico y catequético de estas prácticas. Si se dejan solas, pueden degenerar en prácticas simplemente folclóricas o supersticiosas, pero cuando se purifican y enriquecen por la Palabra de Dios, son una maravillosa manera de transmitir y celebrar la fe cristiana.